

ES

EDITORIAL

TIEMPOS REVUELTOS. Escala global, escala rural

«Mi forma de pensar es ahora exclusivamente volteriana y cosmopolita. Cualquier limitación de índole nacional me parece pura barbarie. Estados mundiales unidos, economía mundial unida. Esto no tiene nada que ver con uniformidad de las culturas y nada en absoluto con comunismo. Voltaire y Montesquieu me son más afines que nunca».

Klemperer, 2003.¹

Estamos inmersos en una larga serie de procesos abiertamente regresivos en los que el incremento de la desigualdad, la pobreza, la precariedad y la exclusión social han ido paulatinamente afectando —sobre todo en el mundo desarrollado— a sectores de población (las denominadas clases medias) que hasta hace poco parecían estar a salvo. En los países en desarrollo el impacto de conflictos armados, desastres medioambientales y colapsos económicos desencadenan flujos migratorios forzados, catastróficos para personas y sociedades. El impacto de la mecanización y de la robotización en los sectores primario y secundario de la economía, añadido a la generalización de la deslocalización, ha reducido drásticamente las oportunidades para las poblaciones asentadas lejos de las ciudades en todo el mundo. Los flujos migratorios del campo a la ciudad —iniciados aceleradamente con la industrialización— tienen siempre unas proporciones difíciles de gestionar. A modo de ejemplo (y por no utilizar los casos de China, siempre fuera de escala), el 43% de los 2,3 M de habitantes de Accra (Ghana) vive en barrios marginales, fundamentalmente conformados de asentamientos de migrantes del campo. El contrato social, que daba soporte a una paz social precariamente estable durante años, ha saltado por los aires, al no cumplir el Estado su parte de posibilitar una vida digna a la mayoría de la ciudadanía (justicia social) dinamitando las bases del sistema democrático. El acceso al poder de individuos contrarios al propio funcionamiento democrático supone un peligro para las sociedades que los han elegido y para el resto del mundo incrementando la demagogia emocional e irresponsable e incendiaria y el estallido de conflictos donde no los había. La irrupción de estos planteamientos populistas liquida la posibilidad de un lenguaje compartido que permita entender al otro y llegar a los acuerdos necesarios para alcanzar soluciones asumibles por todos. La consecuencia final es la crisis general de gobernanza en la que estamos sumidos y que será la más difícil y costosa de superar y revertir.

Necesitamos, ya, abandonar las interpretaciones y las propuestas negativas y a la contra, por las positivas y a favor. Urge desarrollar y poner en marcha mecanismos de supervisión y vigilancia que garanticen ante la ciudadanía el cumplimiento de la ley y la transparencia y asunción de responsabilidades (accountability) en todos los ámbitos institucionales. Es fundamental reconocer que la multiplicación acelerada de los intermediarios y subsiguientemente de los procesos burocráticos de gestión es inherente al desarrollo de la sociedad. Y que no es posible, por lo tanto, para las personas ni para las sociedades, por poderosas que sean, volver a una posición autocrática. La situación ahora está marcada por el desarrollo extremo de la globalización en todos los ordenes: económico (propiedad, comercio...) de conocimiento y técnica, y medioambiental, donde proliferan los abusos de poder por parte de quienes debieran asegurar su equilibrio respetuoso y el cumplimiento de las reglas del juego. Sólo si tratamos el territorio —la totalidad del planeta— como una entidad orgánicamente integrada podremos garantizar igual acceso de los ciudadanos (independientemente de donde vivan) a los recursos y servicios que el avance de la humanidad ha generado y que ahora sólo disfrutaban los habitantes de las ciudades, y en grado mayor, si éstas pertenecen al mundo desarrollado. La internacionalización hoy

1. Klemperer, V. (2003): Quiero dar testimonio hasta el final. Diarios 1933-1941. Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores. Barcelona pág. 451.



es una exigencia pragmática para garantizar la supervivencia del ser humano y del planeta, pero habrá que seguir apelando a los principios ideológicos de las tradiciones históricas de defensa de la libertad y de la emancipación del ser humano para que garantice los derechos fundamentales de todos los habitantes del planeta. En este sentido, disponemos ya desde hace años de instituciones, movimientos y plataformas supranacionales con el foco puesto en la interconectividad y la interdependencia, que han conseguido —a pesar de las muchas carencias y dificultades, tanto de diseño como de operatividad— no pocos resultados en los últimos setenta años. A modo de ejemplos:

El amplio respaldo —tanto de países como de organizaciones no gubernamentales— a la Agenda 2030 para el desarrollo sostenible de Naciones Unidas aprobada en 2015 y la evolución seguida en estos tres años permiten ser razonablemente optimistas. La definición de los 17 objetivos generales y su desglose en 169 más concretos ha tenido en consideración tanto el entramado que genera las carencias a superar como las interacciones —positivas o negativas— entre los diferentes objetivos. Vincular el desarrollo a la sostenibilidad incrementa tanto el valor como el impacto de las medidas a tomar en una visión holística de lo humano en la tierra. El plan es extremadamente ambicioso, los costes son ciertamente muy elevados, y se van a necesitar cambios en la cultura de ejecución utilizada hasta ahora. Los planes de seguimiento sectorial y regional del cumplimiento de los diferentes objetivos han demostrado funcionar bien en estos tres años. El haber alcanzado tratados de cooperación interregionales incrementa a su vez las probabilidades de éxito del cumplimiento de los acuerdos.

El reciente acuerdo vinculante alcanzado por la Unión Europea que establece el objetivo de llegar al 32% de energías renovables para el año 2030 (de respaldo a la agenda de Naciones Unidas). Y el acuerdo igualmente vinculante de medidas alcanzado en la Conferencia sobre el Clima de París (COP21) en 2015 entre 195 países en el que se define un plan de acción global para limitar el calentamiento del planeta por debajo de 2°C, aun no alcanzando los criterios más exigentes y habiendo sufrido tantos retrasos en su resolución, van finalmente orientados en la dirección deseada. Pero en un mundo interconectado existe la necesidad de un mayor compromiso de la ciudadanía. El mundo rural históricamente discriminado respecto del urbano y Creciente despoblamiento necesita un esfuerzo de compensación mayor. Y por eso en la sección Agora de este número se presentan una serie de iniciativas y análisis en esta dirección.

Deberíamos tener claro ya y definitivamente, a estas alturas, que las consecuencias de no normalizar y no regular cualquier actividad humana pueden ser contrarias a los intereses generales de la sociedad y resultan siempre en beneficio de los poderosos. Necesitamos estructuras sólidas que articulen la interdependencia entre estados, sociedades, y en última instancia ciudadanos del planeta en todos los ecosistemas —físicos, económicos, sociales, políticos— que hacen posible no ya la supervivencia de cada ser humano, sino posibilitar el vivir libres. Necesitamos recuperar un plan sólido justificatorio y legitimador de la democracia: la generación de ciudadanos informados, capaces de reflexionar a partir de una interpretación crítica de la información política relevante; la descripción detallada de «los modos» de cumplir los principios ideológicos, o alcanzar los fines del programa político de que se trate, y no responder emocional y visceralmente a eslóganes incendiarios.

Hemos pasado de subrayar el carácter líquido de la realidad a la subversión radical del significado y del sentido de nuestra forma de hablar del mundo. Las mentiras e insultos a base de tuits desde cargos e instituciones públicos nos dejan a los pies de los caballos y al borde del abismo. Sólo la acción ciudadana consciente y comprometida puede reconstruir las bases, mejoradas, de un sistema de convivencia planetaria que ha demostrado suficientemente en el pasado, a pesar de su fragilidad e imperfección, ser el mejor que hemos sido capaces de crear.

Castelló, diciembre de 2018